

MICHELE PRISCO: *I cieli della sera*; Milano, Rizzoli, 1970, 250 p.; 15 x 22 cm.

David, un yo-narrador de sensibilidad apasionada, regresa a la casa paterna en Vico Equense por una necesidad de coherencia interior, *no para recuperar el mundo de los afectos familiares sino para reconquistar el equilibrio*. Desde el principio sabemos que la suya no es una ingenua actitud de entrega; por el contrario, está predispuesto a resistir una realidad que había negado voluntariamente y que ahora quiere comprender: un confuso conflicto familiar que lo conmovió hasta el trauma.

La novela comienza con este viaje cargado de aliento poético y descripto con cierto detenimiento, significativo ya que a primera vista acorta la distancia entre el protagonista y sus raíces. Pero con el reencuentro de los hermanos la atmósfera novelesca cambia totalmente, se adensa. Tras ese desesperado anhelo

de conocimiento que señala como solución inevitable el repliegue interior, de impostación lírica, aparecen ante nuestros ojos presencias íntimas que enfrentan al protagonista con una serie de contradicciones vividas y alimentadas desde la infancia y que se vuelven obsesivas, porque son al mismo tiempo conciencias culpables y jueces de sí mismos.

Un rompecabezas de recuerdos, experiencias y conversaciones inquietantes se despliega a medida que se desarrolla el diálogo entre los hermanos. Giustina y David defienden dos actitudes distintas: ella crea una barrera, una especie de coartada, y pretende no considerar pasado lo pasado sólo para no obligarse a buscarle un significado; él, durante años ha perseguido ese significado en un intento por aceptar lo irremediable. Ambos se estudian, planifican las preguntas y respuestas tratando de conmovirse mutuamente y se observan las reacciones hasta con cierta crueldad. Este rompecabezas se transmite a la forma: se entrecruzan presente y recuerdo, el pensamiento de David y de otros personajes, premoniciones, turbaciones, juegos infantiles, fragmentos de cartas y del diario materno, una especie de comunicación inconsciente e irracional, que el lector debe ordenar para hacer comprensible la historia. Por momentos estamos frente al mismo autor que nos cuenta cómo va haciendo su novela, con dificultad porque a veces es su vida y otras, un hecho del cual es sólo testimonio.

Ahondamiento expresivo refleja la frase desordenada, entrecortada, con paréntesis aclaratorios, con repeticiones, como de alguien que duda o indaga.

En suma, *historia de sangre, de frustraciones, de amor y de honor...*, *de coraje y de sacrificio, de piedad, de compasión* que desarrolla motivos radicales como la violencia, la libertad, el destino. Sobre todo la violencia consumada y no rechazada, la violencia como norma de vida. Para Prisco *matar no se puede justificar porque implica haber perdido la fe no como individuo sino en la condición de hombre*. No se sabe si esa violencia se aprende o anida en nosotros, de todos modos deja al hombre inerte, presa de un sentimiento de inferioridad, sin nada que contraponerle, sin poder extirparla: es que el hombre se ha transformado, peor, se ha degradado.